

Image not found or type unknown



Reflexión

Dios Padre, la paternidad que necesita el mundo

ECCLESIA

07_08_2024

Image not found or type unknown



Recibimos y publicamos a continuación una meditación de un monje benedictino italiano anónimo (ver [aquí la versión original](#)), escrita con ocasión de la fiesta de Dios Padre, que cae hoy, según la preferencia expresada por el propio Padre Celestial en las revelaciones recibidas en 1932 por Sor Eugenia Ravasio (1907-1990) y reconocidas como verdaderas por el entonces obispo de Grenoble, Mons. Alexandre Caillot (ver [aquí para más información](#)).

El mes de agosto brilla con luz propia por dos grandes fiestas litúrgicas: la Asunción al Cielo de la Santísima Virgen María y la Transfiguración de Nuestro Señor. Ambas nos llaman al cielo, donde Dios Padre espera a todos sus hijos, que "escuchan" (Mt 17,5) a su Hijo predilecto, el Amado. Y quizá no sea casualidad que fuera precisamente el Padre quien pidiera a la Madre Eugenia Ravasio, que se llamaba a sí misma "la sonrisa del

Padre", que se le dedicara todo el mes de agosto. Toda la existencia del cristiano debe dirigirse al Padre, porque todo viene del Padre para el Hijo en el Espíritu Santo y todo vuelve al Padre para el Hijo en el Espíritu Santo.

El mundo desciende a las tinieblas porque los poderes del infierno han conspirado durante siglos con sus aliados humanos para oscurecer la paternidad de Dios deshonrando la paternidad de los hombres. En el centro diabólico de toda revuelta contra Dios está el ansia de parricidio: "Matar al Padre". La furia del infierno, incapaz de tocar la infinita majestad de Dios Padre, persigue con implacable rabia la imagen de su paternidad en los hombres.

Cuando Santa Teresa de Lisieux tenía siete años, tuvo la visión de un hombre en el jardín, vestido como su padre, pero que caminaba con la cabeza cubierta por un velo. Sólo más tarde se dio cuenta de que era una misteriosa profecía de la enfermedad mental de su padre. Profundamente afectada por el sufrimiento de su padre, la pequeña Teresina lo acogió como una oportunidad para profundizar en su comprensión de la humillación de Cristo en su Pasión. Santa Teresina estableció profundas conexiones: relacionó al padre en su sufrimiento con la humillación de Cristo en su Pasión y relacionó la humillación de Cristo en su Pasión con la paternidad de Dios.

La violencia contra el rostro de Cristo en su Pasión fue, en lo más profundo, un intento del Maligno de desfigurar la paternidad de Dios. Nuestro Señor dice: "El que me ve a mí, ve al Padre; ¿cómo, pues, podéis decir: 'Muéstranos al Padre'? ¿No creéis que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí?" (Jn 14,9-10). Desde el principio, el Maligno ha tratado de desacreditar la Paternidad de Dios sembrando la sospecha y la duda en el corazón de los hombres. La cruel desfiguración del rostro de Cristo con golpes, magulladuras, escupitajos y espinas fue el loco intento del Maligno de difamar al Padre. El Maligno persigue hoy el mismo objetivo. Busca por todos los medios humillar al Padre y desfigurar el rostro de la paternidad en la sociedad.

La "restauración de todas las cosas en Cristo" (Ef 1,10) en la sociedad, en la Iglesia y en nuestras vidas comienza con el retorno al Padre. Comienza con el grito que brotó del corazón roto del hijo pródigo: *Surgam, et ibo ad patrem meum*. "Me levantaré e iré a mi Padre" (Lc 15,18).

Dios es el Padre que nunca defrauda nuestras expectativas. Es el Padre por cuyo amor podemos apostar nuestra vida. Hace unos años se habló de la propuesta del Beato Columba Marmion como Doctor de la Iglesia, concretamente como "Doctor de la Adopción Divina". ¿Qué es la adopción divina? La liturgia la llama la gran obra del amor

paterno de Dios. ¡*Oh magnum pietatis opus* (cf. primera antífona del Oficio de la Exaltación de la Santa Cruz)!

Dios ha dispuesto que los seres humanos, maravillosamente creados a su imagen y semejanza, pero mortalmente desfigurados por el pecado y arrancados de su abrazo paterno, sean aún más maravillosamente configurados con su Hijo unigénito y devueltos a su abrazo paterno como "hijos en el Hijo". Como dice San Pablo: "A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Rm 8, 29). El Beato Abad Marmion escribe al respecto:

"Por un transporte de amor, que tiene su fuente en la plenitud del Ser y de la Bondad, que es Dios, esta vida se desborda del seno de la divinidad para alcanzar y beatificar, elevándolos por encima de su naturaleza, a seres sacados de la nada. A estas criaturas puras, Dios les da la cualidad y les dará el dulce nombre de hijos. Por naturaleza, Dios no tiene más que un Hijo; por amor, tendrá una multitud innumerable: *tal es la gracia de la adopción sobrenatural*" (*Cristo, Vida del alma*).

La adopción divina es aquella gracia por la que conocemos a Dios como Padre y a nosotros mismos como hijos. Por eso dice el Apóstol: "No habéis recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos por el que clamamos: ¡Abbá, Padre!" (Rm 8, 15). Las palabras del Beato Marmión dejan en nuestro corazón el deseo de redescubrirnos como hijos: "La Revelación ha venido a inundarnos con su luz. Nos enseña que hay, en Dios, una paternidad inefable. Dios es Padre. Es el dogma fundamental que todos los demás presuponen, un dogma magnífico que deja confusa a la razón, pero extasía a la fe y entusiasmo a las almas santas" (*Cristo, vida del alma*).

Te igitur clementissime Pater. "Tú, pues, clementísimo Padre". No hay lugar en el mundo, "desde que sale el sol hasta que se pone" (Mt 1,11), donde no se susurren estas palabras, las cuatro primeras del Canon Romano. Son las palabras con las que un sacerdote lleva toda la historia al altar, las palabras con las que un sacerdote presenta al Padre su propia vida y la de los fieles arrodillados tras él. En ese momento, un sacerdote habla en nombre de toda la humanidad, diciendo: ¡Padre! Mientras haya un sacerdote ante el altar para decir: *Te igitur clementissime Pater*, "ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rm 8,39).

La siguiente es una oración a Dios Padre:

Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre mío, Padre de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, yo te adoro. Padre de infinita majestad, vengo a Ti por el Corazón traspasado de tu Hijo unigénito. Mira su adorable Rostro, y por el amor que en él disciernes, no me apartes de tu presencia, y perdona todos mis pecados.

Cuando mires el Rostro de Tu Hijo, mira allí mi rostro; y cuando me mires a mí, dignate ver el Suyo. Me atrevo a orar así porque Tú, Padre, me has entregado a Tu Hijo, y porque Tu Hijo me ha entregado a Ti.

Padre misericordioso, aparta de mi corazón toda falta de confianza en Tu amor por mí, toda duda, todo temor de ser abandonado, o cruelmente castigado, o alejado. Lléname en cambio con un espíritu de confianza en Ti, de confianza en Tu amor paternal, y una humilde confianza que nada pueda sacudir o perturbar.

Padre, abandono voluntariamente todo plan que he ideado y me ofrezco a Ti para la realización de Tu plan perfecto, el plan concebido en el amor, que es Tuyo. Dejo a un lado mi voluntad, torcida por el pecado y tantas veces en conflicto con la Tuya, para entrar de todo corazón en la oración de Jesús en Getsemaní: Padre, que no se haga mi voluntad, sino la Tuya.

Por la efusión del Espíritu Santo, expulsa de mi alma todo temor e inseguridad, toda duda y cobardía. Lléname, en cambio, de piedad filial: confiada, tierna e inquebrantable. A tu misericordia entrego mi pasado con su carga de pecados. A tu gloria ofrezco el momento presente en acción de gracias y alabanza. A tu dulce providencia confío el futuro y todo lo que encierra. Tú eres mi Padre y me has hecho tu hijo adoptivo.

Concédeme vivir, en adelante, en la gracia de esta adopción divina, arrojándome sobre tu Corazón paterno y experimentando por Jesús, con Jesús y en Jesús, lo que significa tener un Padre que es Dios y un Dios que es Padre. Amén.